

infiel llamó á los vecinos, y les dijo que su hermano antes de morir, habia manifestado deseo, á pesar de su cualidad de sacerdote, de declararse musulman. Cuando Rodrigo volvió en sí, y tuvo conocimiento del hecho, huyó de aquellos lugares; pero obligado por alguna necesidad á entrar de nuevo en Córdoba, mientras que la persecucion era cada vez más activa, fué reconocido por su perverso hermano, el cual le condujo á la presencia del cadí, y este le mandó poner preso, y en seguida hizo que le cortasen la cabeza, y le arrojasen al rio con los demás que permanecian fieles á sus creencias.

Flora, oriunda de padre musulman y de madre cristiana, y educada en la religion verdadera, ocultó su creencia, hasta que creciendo en edad la divulgó. Su hermano, en venganza, mandó prender á muchos clérigos y religiosas; y no pudiendo conseguir ni aun así que renunciase á la fe de sus antepasados, la entregó al cadí, quien, después de recibirle la confesion, la hizo golpear en términos de quedarle descubierto el cráneo; en seguida, la devolvió á su hermano á fin de que dispusiese lo necesario para su cura y conversion. El la confió á algunas mujeres; pero Flora, no bien se vió buena, huyó, y encontró en una iglesia á Maria, hermana de un diácono que habia sufrido el martirio, y ambas, deseosas de imitarle, se presentaron al cadí, declarando que su fe era la misma que la de aquél. El cadí las puso en una prision, amenazándolas con privarles de la vida y de la pureza; pero viendo que no deponian su firmeza é intrepidez, las mandó decapitar, y abandonó sus cuerpos á los perros. Eulogio, que las habia encontrado en la cárcel, nos ha conservado su memoria, como tambien la de otras personas que perecieron entonces, para probar que debian ser veneradas no menos que los primeros mártires. Describiendo los insultos que se hacian á los sacerdotes, dice: «Ninguno

de nosotros está seguro, cuando algun negocio nos obliga á presentarnos en público; apenas descubren en nosotros la más leve señal de que somos eclesiásticos, nos tocan las matracas como á los mentecatos; y si no basta el injuriarnos, los muchachos nos apedrean. Hay muchos que no sufren que nos acerquemos á ellos, y se creerian contaminados si tocásemos sus vestidos; apenas oyen el sonido de nuestras campanas, no hay maldicion que no lancen contra nuestra religion.»

Insultaban frecuentemente los mozárabes á Mahoma, y respondian con señales de horror á la invitacion de orar que hacia el muezin. Hubo reacciones, y en tiempo de Abd-el-Rahman perecieron muchos; hasta que viendo este príncipe que sus reliquias eran consideradas como sagradas, las mandó quemar, é hizo que un sínodo declarase que el provocar de aquel modo el martirio estaba desaprobado por los Santos Padres.

Así, pues, los musulmanes como los demás tiranos, eran buenos con aquellos que lo sometian todo á su voluntad, hasta las creencias. Esta enemistad era una de las causas en cuya virtud podia verse que no duraria la aparente prosperidad del reino árabe, y que á su lado se desarrollarian los Estados cristianos, cuyo objeto exclusivo y constante era sacar partido de las desgracias ó de la negligencia de sus adversarios. Además de que en lo interior las diversas tribus, lejos de fundirse en una sola nacion, se declaraban enemigas entre sí, agregándose á esto las disensiones religiosas de que hemos hablado, alimentos todos de la ambicion de los valis, siempre ansiosos de independencia.

En el curso de esta historia, veremos los medios de gobierno que introdujeron los emires y cómo favorecieron las artes y las ciencias, hasta el punto de hacer que algunos escritores celebren su dominacion en España.

## CAPÍTULO VIII

IMPERIO GRIEGO

LOS HERÁCLIDAS, 641-711.

¿Quién no hubiera creído que la incesante amenaza de una nacion tan formidable como los árabes hubiera debido poner término á las disensiones del imperio de Oriente? Pero la caída del Occidente no le instruyó en nada; en vez de pensar en rejuvenecer sus instituciones y en hacer brillar algun vislumbre de la libertad civil, se apoyaba en tropas extranjeras; vémosle provocar por su tirania las insurrecciones y la anarquía, que es su inmediata consecuencia, y en medio de todo esto abandonar á las sutilezas de una teología charlatana; pasar de viles desmanes á escrúpulos ruines; aplicar á la herejía la pena de traición, multiplicando los mártires inmolados á causa de intrincados enigmas, y por último sacrificar la seguridad interior y sus más hermosas provincias al capricho de un cisma nuevo (1).

**Heraclio.**—Como rayo de luz que se desprende de las nubes al ponerse el sol, brilló el reino de Heraclio con sus victorias ganadas á los persas, pero antes de terminar él su vida, lo envolvió un

(1) Jorge Finlay (*Greece under the Romans: a historical view of the Greek nation from the time of its conquest by the Romans until the extinction of the roman empire in the East*. Edimburgo 1844) muestra la lucha entre el genio griego y el romano y su reciproca influencia. Desde la conquista hasta Constantino se ve á Roma preponderar y á Grecia incorporarse enteramente al imperio. Desde Constantino hasta Justiniano, la Grecia, haciéndose cristiana, adquiere la libertad individual y sobrevive al imperio de Occidente. La época de Justiniano lo es de tirania legal, y el entendimiento griego permanece esclavo de la ley romana. Las consecuencias de semejante esclavitud se prolongan hasta Heraclio. Empezando entonces las invasiones de los árabes, los emperadores tienen que buscar apoyo en los indigenas, lo que da origen al elemento griego, que en tiempo de Leon Isáurico eclipsó del todo la civilizacion romana.

eclipse. Habia principiado á reinar en medio del indolente fausto de sus antecesores; y después, sin que nos indique la historia el motivo de tan repentina mudanza, se puso al frente de sus tropas y combatió como héroe. Cuando cesó aquel sacudimiento galvánico, volvió á caer en la inercia, y celebrando con pueril orgullo los triunfos alcanzados, olvidaba las derrotas que sus ejércitos experimentaban donde quiera por parte de los musulmanes, los cuales arrancaron al imperio la Fenicia, Damasco, Egipto, la Siria y hasta la Sagrada Jerusalen, sin que Heraclio osara ponerse á la cabeza de sus tropas, para sostener con su presencia el valor que habia devuelto el peligro á los pueblos amenazados.

Sus pensamientos se inclinaban á muy distinto punto; se ocupaba en hacer triunfar una herejía de invencion suya (629). Preguntó á sus doctores si, así como Cristo habia tenido dos naturalezas, tenia tambien dos voluntades ó una sola. Le respondieron que una sola, en atencion á que pura como estaba del pecado original, solo podia querer el bien. Al revés, los católicos sostuvieron que Cristo tenia dos voluntades, lo mismo que dos naturalezas, aunque estas dos voluntades, divina y humana, estuviesen siempre en armonia, porque no las ponía en oposicion el pecado. Quiso el emperador interponer su autoridad en este debate teológico, y formuló en la *Ectésis* (630), la doctrina de los *monotelitas* ó esposicion, que queria hacer general en todo el imperio, cuando la muerte llegó á desbaratar sus proyectos y á terminar su reinado que habia durado treinta y un años (641). Enseguida tomaron los monotelitas el nombre de Sirio Maron, cuyos discípulos acogieron esta doctrina, é hicieron especialmente prosélitos en los valles del Libano, donde los montañeses se enorgullecian con el título de *mardaitas* ó rebeldes.

Heraclio dejó dos hijos, Heraclio Constantino y Heraclonas: el primero de edad de veinte y ocho años, nacido en Eudoxia; el segundo de diez y nueve, teniendo por madre á Martina. Esta princesa, cuya ambición aspiraba á gobernar bajo el nombre de su hijo, intrigó para hacer que se le confiriera la autoridad, alegando un testamento de su padre; pero conociendo el pueblo cuán mal estaría el cetro en manos de una mujer, cuando tanto se necesitaba de la espada, proclamó á Heraclio Constantino. Este, en sus primeras campañas había dado pruebas de valiente; pero envejecido antes de tiempo, renegó de su pasado, y se entregó completamente á Filagro, su tesorero, cuya sordida avaricia le sugirió los peores consejos. Obligó al patriarca Pirro á entregarle una considerable suma depositada en sus manos por el emperador difunto, para asegurar la subsistencia de su viuda, en el caso en que su hijastro la echara del palacio. Llegó hasta el punto de mandar abrir el sepulcro de su padre para arrancar de sus sienes la diadema ornada de pedrería con que había sido sepultado. Quizá la venganza de la emperatriz abrevió los viles sufrimientos de aquel reinado imbecil y avaro, envenenándole á los ciento tres días de ocupar el trono. Enseguida alejó del trono á Constante y á Teodosio, hijos del emperador difunto, para colocar en él á su hijo Heraclonas; pero al poco tiempo fué depuesto por el Senado, quien le mandó cortar la nariz, y á su madre la lengua, y desterró á ambos.

**Constante II.**—No por esto fué libre la elección del nuevo emperador; porque Valentin, escudero de Filagro, obligó á los senadores á elegir á Constante, de doce años de edad, y á que se le confiara la regencia (octubre).

¡Desgraciadísimo reinado! Avanzando cada vez más los musulmanes, y haciéndose poderosos por mar, se apoderaron del Africa, luego de Arad y de Rodas. Mohaviah entró á sangre y fuego la Armenia; y envalentonado por la negligencia de los imperiales, se atrevió á pensar en apoderarse de Constantinopla. Mandó equipar en Trípoli una numerosa escuadra; pero en el momento en que se iba á hacer á la vela, dos cristianos, que eran hermanos hallaron modo de escaparse de la cárcel con otros y de prender fuego á las naves. En breve armó Mohaviah otra, y dirigiéndose á Siria, puso en derrota la escuadra mandada personalmente por Constante. Hubiera caído prisionero el mismo emperador á no haberse revestido generosamente un soldado napolitano con el paludamento, haciéndose degollar en su puesto, mientras él huía disfrazado á Constantinopla. Por su fortuna las disensiones que estallaron entre los árabes obligaron á Mohaviah á retirarse.

Por otra parte los eslavos invadieron el país que de ellos tomó el nombre de Esclavonia, y para espulsarlos de allí hizo el usurpador esfuerzos infructuosos. Pero, más que todo esto ocupaba á Constante el deseo de propagar la heregia de los mono-

telitas, y así como su padre había publicado la *Ecclēsis*, él, á instigación de Pablo, patriarca de Constantinopla, publicó un *Tipo* ó fórmula de fe (648), con el que pretendía imponer silencio á las agitadas pasiones.

¿Era este el medio de conseguirlo? Con todo su poder resistieron los católicos una opinión falsa é impuesta por la fuerza. El emperador persiguió á aquellos que no le reconocían el derecho de mandar en las conciencias: condenó el papa Martín en el concilio Lateranense (649) la heregia, el *Tipo*, y á los patriarcas constantinopolitanos que sostenían éste.

Pero el exarca Caliopa, hizo conducir al papa á Constantinopla, acusándole de tramas y de blasfemias; fué arrastrado por la ciudad, y últimamente confinado á Querson, donde murió á poco. Constante mandó cortar la lengua y la mano derecha al patriarca Máximo, que se había declarado en favor del pontífice. Teodosio, su propio hermano, que se hacía amar del pueblo por su bondad y su ortodoxia, le inspiraba temores, tanto más vivos, cuanto que él se veía aborrecido. Hizo el emperador que se ordenara diácono, y le dió por su mano el cáliz sagrado; mas no tranquilizándole esto todavía, ordenó que se le degollara. Ya no le dejó un instante de sosiego el espectro de su hermano: creía verle por las noches sosteniendo en la mano un cáliz lleno de sangre que le presentaba diciendo: «Bebe.»

Para libertarse de estas visiones y del odio del pueblo, resolvió abandonar á Constantinopla, divulgando el rumor de que quería recuperar la Italia y restituir el águila latina á su antigua morada; pero en cuanto se embarcó el pueblo, que se veía arrebatado con su partida el esplendor y las ventajas de una capital, y al propio tiempo las distribuciones habituales de granos, se amotinó y detuvo á su mujer y á sus hijos. Tocante á él, libre con trabajo de sus guardias, se hizo á la vela, y al alejarse escupió contra la ciudad reina. Después de haber pasado el invierno en Atenas navegó hacia Italia, donde abordó al asomar la estación florida (665), y fué el primer emperador de Bizancio que apareció allí al frente de sus tropas. Al principio le sonrió la fortuna en la guerra que hizo á los ducados longobardos del Mediodía; pero fué vencido á su vez tan luego como el enemigo pudo recibir socorros del país superior. Desesperado de poder reconquistar la península, se arroja en calidad de enemigo sobre Roma, aun cuando ella reconoce su autoridad; le roba en plena paz las obras de arte que los bárbaros habían respetado en medio de los estragos de la guerra; y aborrecido desde entonces en la antigua capital del mundo, escarnecido en la otra, se retira á Sicilia. Desde allí se pone á hacer el corso en la costa de Africa y amenaza á Cartago. Entonces Avages, gobernador de esta provincia, temiendo todavía más á los árabes que á los imperiales, se declara en rebeldía, y se incorpora á los musulmanes con parte de las tropas.

Siracusa, ascendida á la categoría de capital, la conservó por espacio de seis años; pero lejos de haber recuperado el brillo de la época de sus prosperidades, solo le cabía en suerte sufrir los caprichos del déspota. Por último, un día que estaba en el baño le arrojó á la cabeza un cántaro de bronce, Andrés, hijo del patricio Trollo (668), y libertó á la tierra de un tirano que durante el trascurso de veinte y siete años había aumentado más y más sus miserias.

**Constantino III Pogonato.**—Queriendo imitar Siracusa el ejemplo de las otras metrópolis, proclamó en tumulto al armenio Mazizis, quien no tenía más mérito que su gallarda apostura; pero Constantino III, hijo del emperador difunto y proclamado Augusto hacia catorce años, se había enseñoreado ya del poder en Constantinopla. Vino con una escuadra á atacar á Mazizis, á quien derrotó y quitó la vida sin gran trabajo, y regresó á la ciudad del Bósforo, donde fué saludado emperador con el sobrenombre de *Pogonato*, barbudo, porque en el curso de esta expedición, le había despuntado el primer bozo.

¡Pero hasta qué extremo era llevada la manía de teologizar! Algunos comenzaron á discurrir que, puesto que la Santísima Trinidad contaba tres personas, también debía haber tres emperadores, y que Constantino debía agregarse por colega á sus dos hermanos Tiberio y Heraclio. Entonces Constantino invita á los principales caudillos del pueblo á dirigirse desde su campamento á la ciudad para ponerse de acuerdo, pero no bien han atravesado el estrecho, les ataca y alancea, enseguida manda que se corte la nariz á sus hermanos á fin de que no se piense más en elevarlos al trono, y acaba de sofocar aquella heregia política á fuerza de suplicios.

En esto los sarracenos, que habían hecho en Africa horribles estragos (672), saqueado á Siracusa y á toda la isla, llegaron á poner asedio delante de Constantinopla; pero el emperador, que no carecía de pericia militar, resistió con bravura, y ayudado del fuego griego, rechazó las naves musulmanas siempre que volvieron á la carga. También fueron derrotados los árabes en Siria, inquietada además por los mardaitas. Dueños de los valles del Líbano, habían aumentado sus fuerzas, dando allí asilo á los cristianos que llegaban á buscar refugio desde todas partes, y habían ocupado todo el país entre Jerusalem y el Tauro. Mohaviah se vió obligado, de consiguiente, á consentir en una paz de treinta años, comprometiéndose á pagar un tributo de tres mil libras de oro, de cincuenta esclavos y cincuenta caballos. Los historiadores orientales guardan silencio sobre este tratado ó lo niegan como una baladronada bizantina; quizá debemos limitarnos á creer que Constantino obligó á los árabes á no arrojarse más sobre su imperio.

Otra nueva plaga fueron para él los búlgaros. Habiéndose separado á instigación de Heraclio (630) de los ávares, con quienes habían

hecho hasta entonces la guerra á Constantinopla, se agruparon, á semejanza de los ávares, entorno de diferentes caudillos; y uno de estos capitanes cayó con sus tropas sobre las fronteras septentrionales del imperio. Como encontrase poca resistencia, cruzó el Danubio (678), la Mesia Inferior, y quitó á los ávares el país eslavo, que en lo sucesivo fué llamado Bulgaria. Después de haber opuesto Constantino vanamente la fuerza á sus ataques, se resignó á pagarle una asignación cada año. Estos búlgaros formaban una tercera parte de su nación; otros quedaron mezclados con los ávares, y ios que habitaban más hacia Levante, se extendieron desde el Don al mar Negro y se reunieron con los cazaros.

**6.º concilio ecuménico.**—Menos aficionado Constantino á las sutilezas teológicas que sus antecesores, pensó seriamente en poner término á las discusiones por el único medio eficaz, la persuasión y la conciliación (2). Convocó, pues, en el salón de la Cúpula (*in Trullo*), en Constantinopla, el sexto concilio general, que, habiendo examinado los textos de los Santos Padres, así como las falsificaciones, por medio de las cuales los habían alterado los sectarios, pronunció condena contra los que admitían en Jesucristo una sola voluntad y una sola actividad.

**Concilio quiniséxto.**—Como no se habían hecho en este concilio ni en el precedente cánones de disciplina, se convocó otro en el mismo salón, que fué llamado *quiniséxto*, como suplementario del quinto y del sexto. Su constitución más importante es la que en la Iglesia de Oriente privó á los clérigos de la facultad de contraer matrimonio, después de haber entrado en las órdenes: era lícito á los que estaban casados continuar viviendo con sus mujeres, absteniéndose de ellas al aproximarse las grandes solemnidades, y obligando á los obispos á una continencia absoluta. Tal es aun la disciplina de la Iglesia griega.

**Obispos in partibus.**—Conservóse el título y la categoría á los obispos que, á consecuencia de las invasiones de los mahometanos, habían perdido ó no habían podido ocupar las sillas para las cuales habían sido nombrados. De aquí el origen de los obispos *in partibus infidelium*. Este concilio no fué aprobado por el sumo pontífice.

Constantino pasó el resto de su reinado en paz interior, tanto como exterior, pero en los últimos tiempos se hizo receloso y cruel, y mandó dar muerte, en secreto, á sus dos hermanos (setiembre

(2) Bueno es tomar nota de esta declaración de Gibbon, capítulo XLVI: «Los oscuros teólogos de Italia no tenían tropas para sostener su opinión, ni tesoros para comprar partidarios, ni elocuencia para hacer prosélitos: de consiguiente, no sé decir con qué astutos medios pudieron determinar al orgulloso emperador de los griegos á abjurar del catecismo de su infancia y á perseguir la religión de sus padres.» ¡Cuánta mala fé en estas pocas palabras!

de 685), ya mutilados de orden suya, luego murió de languidez después de haber gobernado diez y siete años.

**Justiniano II.**—Si había proporcionado algún socorro al imperio, empeoró todo bajo su hijo Justiniano II, que de edad solamente de diez y seis años, tenía ya gran dosis de presunción y muchos vicios, sin poseer valor ni talento. El patricio Leoncio hizo la guerra á los árabes con buen éxito; pero en la paz concedida á Abd-el-Malek, el emperador se obligó, dejándose llevar de la vanidad de recibir un tributo de califa, á oponerse á los maronitas del Líbano, mientras que hubiera debido sostener á todo trance aquel baluarte entre él y los musulmanes. Además, animado Leoncio de envidia contra Juan, príncipe de los maronitas, le convidó á un banquete en que le degolló, librando así á los mahometanos de su más formidable enemigo.

No tardó el califa en renovar las hostilidades. Habiendo atacado el Africa, consiguió arrancar esta provincia al imperio. Apoderóse igualmente de Chipre, donde mandó acuñar la primera moneda musulmana. Irritado Justiniano de este acto de soberanía, como de una usurpación, llevó sus armas contra Cilicia; pero la deserción de veinte mil eslavos le obligó á huir vergonzosamente á Nicomedia.

Poco antes había hecho Leoncio la guerra con éxito á los eslavos (688); pero cayendo posteriormente en descuido, se había dejado sorprender y vencer. Al llegar Justiniano á Nicomedia reunió á los ancianos, á las mujeres y á los hijos de los desertores, y los mandó tirar al mar con otros diez mil que le habían permanecido fieles. En suma, parecía no tener más intención que extinguir todos los elementos de su poder.

Habiendo negado el papa Sergio su aprobación al concilio quiniséxto, mandó el emperador que se apoderaran de su persona, si bien le protegió el pueblo de Roma. Justiniano permitía á sus favoritos tomarse tales libertades, que el jefe de los eunucos, Estéban amenazó con un látigo á la emperatriz Anastasia, su madre. Su crueldad y su avaricia le inducían á derramar sangre á torrentes, y prodigaba el dinero que se proporcionaba de esta manera en edificios suntuosos: así construyó un espacioso salón de baile y un teatro, para cuya fabricación hizo derribar una iglesia con grande escándalo del pueblo. Además se entregaba á un desenfrenado libertinaje. Conociendo el odio que inspiraba por esto, y juzgando después el peligro á que se hallaba espuesto, Justiniano dió al gobernador Ruscio la insensata orden de hacer, durante la noche, una matanza general de ciudadanos (695), empezando por el patriarca. El patricio Leoncio, víctima designada al hierro asesino, supo evitar el golpe. Alentado por los astrólogos, por el general descontento y por su propia ambición, resolvió apoderarse de la autoridad. Hace empuñar las armas á sus guardias, entra en el pretorio fin-

giendo preceder allí al emperador, da libertad y arma á los presos, llama al pueblo á la insurrección, y el grito de *muerá Justiniano* resuena en toda la orilla del Bósforo. Abandonado el tirano, es sorprendido en su palacio y conducido al hipódromo, donde el pueblo pide su suplicio con grandes voces; pero Leoncio se contenta con mandar que se le corten la nariz y las orejas, confinándole luego á Querson, en la Crimea: tenía aquel veinte y cinco años y había reinado nueve.

Ascendido al trono en su lugar Leoncio, envió al Africa el más fuerte ejército que había puesto el imperio en pie de guerra hacia mucho tiempo. Sin embargo, dejó tomar á Cartago y aniquilar la dominación romana en las playas en que Escipión la había establecido ochocientos cuarenta años antes.

**Tiberio III.**—Temerosos entonces los jefes de castigos ó de censuras, se rebelaron y proclamaron emperador á un capitán de guardias, llamado Apimario, que tomó el siniestro nombre de Tiberio (698).

Este, sin detenerse un instante, condujo el ejército contra Constantinopla; aterrada por aquel imprevisto ataque y desolada por la peste, y si bien los ciudadanos estaban dispuestos á sostener á Leoncio, los guardias auxiliares abrieron al usurpador las puertas, y preso á su vez Leoncio, fué conducido delante de su rival afortunado, quien le mandó cortar la nariz y le encerró en un monasterio, después de un reinado de tres años. Siete duró el de Tiberio III. Su hermano Heraclio hizo con éxito la guerra á los árabes de la Capadocia y de la Siria; pero rivalizando en crueldad con los pueblos más bárbaros, pasaba á cuchillo á cuantos cogía.

Entretanto el destronado Justiniano no se dormía, y ejercía en Querson la tiranía á que se había acostumbrado en Constantinopla. Viendo que se había enagenado la voluntad de la población del país, busca un refugio cerca del kakan de los cazaros, á quien da en matrimonio su hija Teodora. Instruido Tiberio de sus manejos, hace prometer una suma considerable al kakan, quien se obliga á entregarle la persona de su suegro, y encarga á dos oficiales que se apoderen de él fingiendo tributarle homenaje, y que le lleven á presencia del emperador; pero Teodora, que columbra la trama, avisa á Justiniano, y éste degüella á los dos traidores, se embarca y naufraga. *Haz voto*, le dijo uno de sus allegados, *de perdonar á tus enemigos, si te salvas del peligro*; á lo cual respondió: *Ahógume en este instante si perdono á ninguno de ellos.*

**Vuelta de Justiniano II.**—Arrojado hácia la embocadura del Danubio, busca un asilo cerca de Terbelio, rey de los búlgaros, á quien promete la mano de su hija y la mitad de los tesoros del imperio si le ayuda á recuperar el trono. El bárbaro pone á su disposición quince mil guerreros, con los cuales se presenta de improviso bajo los muros de Constantinopla, donde entra por traición (705).

Seducido el pueblo por sus promesas, le aclama. Tiberio fué preso y conducido al anfiteatro con el emperador Leoncio, y Justiniano asiste al espectáculo apoyando sus pies sobre el cuello de los dos infortunados, mientras el pueblo adúlador clama con el Salmista: *Andarás sobre el áspid y sobre el basilisco, hollarás al león y al dragón con tu planta*. Irritado Justiniano por el infortunio (3) manda decapitar á sus rivales, alancear á Heraclio que había defendido el imperio, matar á los principales oficiales del ejército, sacar los ojos al patriarca Calínico, y tirar al mar á gran número de personas. *¡Y osaron los romanos llamar bárbaros á las demás naciones!* exclamaba Terbelio al ver tales atrocidades.

Este búlgaro profesaba, pues, odio y desprecio á aquel á quien había elevado por dinero; así después de hacerse ceder parte de la Tracia, llamó al emperador para tener allí con él una conferencia, y poniendo en tierra su ancho escudo y haciendo en derredor una señal con su látigo, le ordenó que colmara de dinero aquel círculo, y que después llenase á cada soldado auxiliar búlgaro la mano derecha de oro y la izquierda de plata. Justiniano no tuvo más arbitrio que obedecer y tascar el freno. Habiéndose atrevido con posterioridad á declarar la guerra á los búlgaros, huyó vergonzosamente delante de ellos después de haber perdido su ejército, sin quedarle más que un esquife que le llevara á su capital.

Mejor supo hacer uso de sus armas para vengarse de una población tranquila. Instruido de que Ravena había manifestado alegría cuando fué depuesto, dió orden á la escuadra de Sicilia para que la atacara y la entrara á sangre y fuego: sus principales moradores fueron conducidos á Cons-

(3) Fué apellidado *Rinotmeta*, nariz cortada. Para cubrir su deformidad se había mandado hacer una nariz de oro.

tantinopla y condenados á suplicios ó metidos en calabozos. Envió otro ejército á castigar á los habitantes de Querson por la traición que habían preparado en contra suya. Acometidos de improviso fueron esterminados sin distinción ninguna; algunos de ellos, enviados á Constantinopla, fueron allí quemados vivos ó ahogados, á pesar de las protestas del papa arrancado también de su silla.

El patricio Estéban, encargado de esta expedición, ó más bien de esta matanza, había creído poder perdonar á los niños: pero Justiniano le envió inmediatamente nuevas órdenes á fin de que no dejara á un solo habitante de Querson con vida. La desesperación hizo tomar las armas á un cierto número de infelices, y se apoderaron de algunas plazas fuertes; guiados por Filépico Bardanes, soldado de las tropas imperiales, desterrado á Cefalonia por Tiberio, para alejar no sé qué vaticinios de grandeza, rechazaron á las tropas enviadas contra ellos por Justiniano. Temiendo éstas la cólera del tirano, se pasan al bando opuesto, é incorporándose á Bardanes le aclaman emperador (711). Marcha sobre Constantinopla al frente de sus dos ejércitos, á los que se han reunido los cazaros, y hace allí su entrada sin descargar un solo golpe. Justiniano, que le aguardaba entre Cefalonia y Nicomedia, monta en cólera al saber su triunfo, y amenaza tomar venganza; pero sus soldados se sublevan y envían su cabeza á Filépico, quien la remite á Roma. Había reinado esta vez seis años, dejando muy en zaga á los bárbaros más sanguinarios. A pesar de todo afectaba devoción, y fué el primero que puso la efigie de Cristo en las monedas imperiales. Se había refugiado su hijo Tiberio en una iglesia, cargándose con todas las reliquias veneradas que allí había; pero en vano invocó los nombres más sagrados al mismo tiempo que estrechaba una cruz en sus brazos: no pudo conjurar el golpe mortal, y con él acabó la raza de Heraclio, que había ocupado el trono durante un siglo.